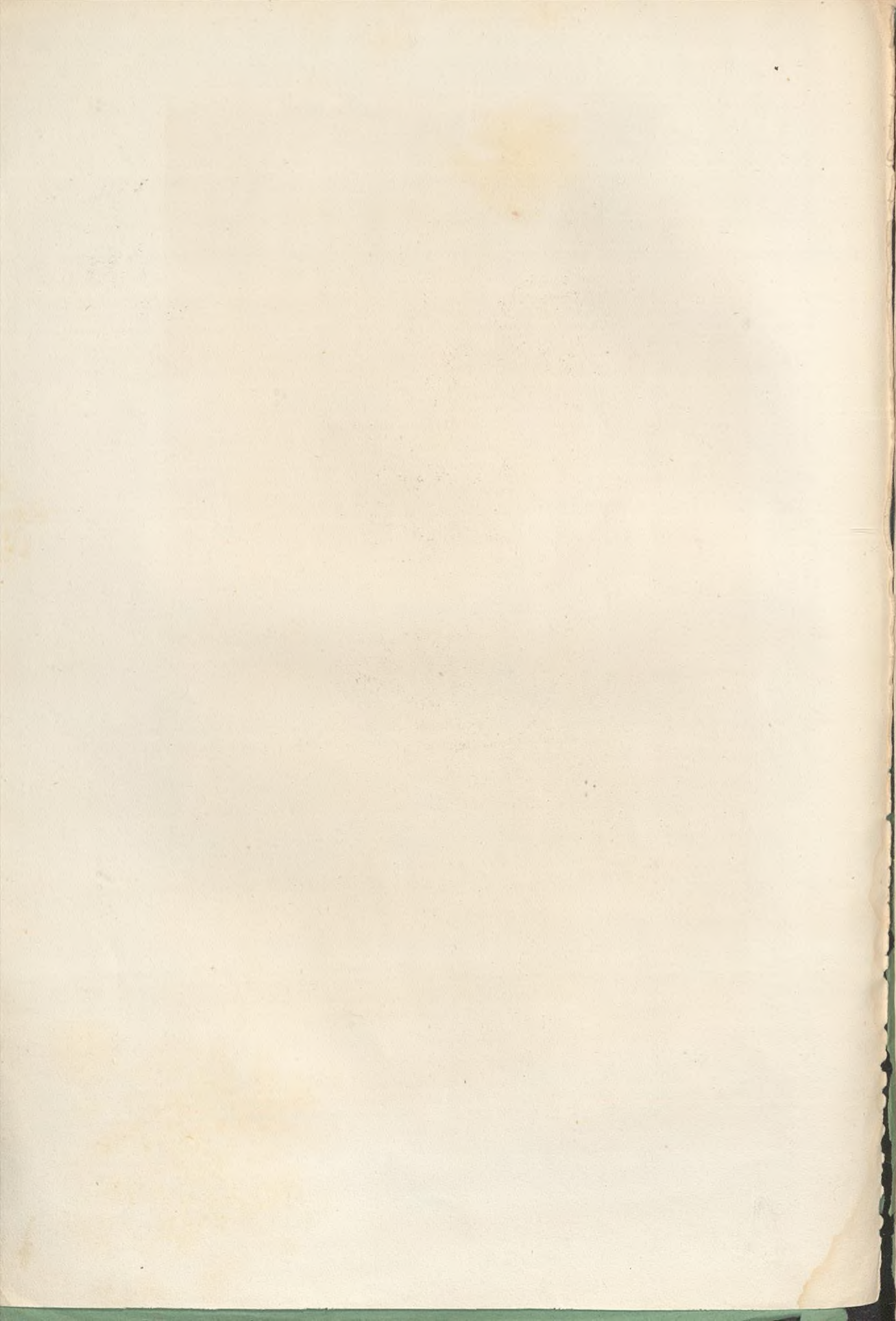




Sed lecta vix accipit et quæritur hæc talis velle la mora.



N. G. J. n.º 98, del 24

Durante este tiempo la comunidad hablaba en voz baja, hasta que algunos individuos del banco de los Blancos, empezaron á sospechar que aquello era una burla meditada, máxime atendiendo que el monje que habia subido al púlpito por órden del superior, como era de costumbre durante las horas de la comida, abrió casualmente el libro de la Biblia en que se pinta con tan vivos colores el hambre que sufrió el pueblo egipcio. En esto algunas toses y bostezos mal reprimidos, empezaron á turbar al lector bíblico. Este, que pertenecia al bando enemigo, fingió incomodarse, cesó en la lectura, volvió á proseguir luego por órden de Fr. Guillermo; pero el apetito que es por demás atrevido, escitado por la imágen del hambre de los egipcios y el deseo de vengarse por parte de los que se juzgaban objeto de una mofa, hizo que algunos de los monjes mas atrevidos prescindieran de todo miramiento y consideracion y murmurasen en voz alta. Rependióles agriamente nuestro héroe; los correos empezaron á ir y venir de las cocinas, el monje bajó del púlpito y uno de sus amigos fingió tirarle del hábito; el monje aparentó darse por ofendido y dió un empujon á su contrario; este quiso tomar el desquite, tomaron al punto parte en la contienda otros monjes, muchos se pusieron de pié, Fr. Guillermo empezó á dar voces, nadie le escuchó y todos gritaron; volaron por el aire vasos, platos y botellas; estos y los puños hicieron las veces de armas ofensivas y defensivas, todos daban y recibian y el refectorio se transformó en un instante en un vasto campo de batalla.

Durante la lucha algunos tomaron las de villadiego quedando únicamente en el lugar del combate los mas fieros y encarnizados adalides. En vano Fr. Guillermo habia hecho todos los esfuerzos posibles para poner la paz: su nombramiento habia irritado de tal modo á los Blancos, que estos no se dieron por satisfechos hasta que no les quedó ninguna arma para arrojar y sus puños estuvieron cansados de golpear. Finalmente uno de los monjes Negros de voz estertórea dominando la del tumulto, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:



—Evitad el escándalo, hermanos; los cocineros se encaminan á este sitio con la comida dispuesta. Haya paz entre nosotros!

Los monjes obedecieron á aquella voz. Cesó instantáneamente el combate, y los legos solo pudieron ver los destrozos de la lucha y algunos rasguños, arañazos, cardenales y ligeras heridas en los rostros de sus hermanos. Todos ellos estaban pálidos y agitados por la ira. El gozo y placer de una opípara comida había sido reemplazado por el furor y la cólera. No era posible que los ánimos se calmasen tan repentinamente para poderse entregar los padres con satisfacción á la comida; así es que la mayoría se retiró á descansar de las glorias y fatigas de aquella jornada en el interior de sus celdas. Fr. Guillermo y sus íntimos amigos se quedaron para comer un bocado y en seguida se retiraron á su celda donde conferenciaron largo rato acerca las providencias que debían tomarse para apagar en su comienzo la guerra civil que acababa de estallar.

Varios fueron los dictámenes y opiniones como es de costumbre en semejantes casos, hasta que por último Fr. Guillermo resolvió tomar un partido que debía conciliar todos los intereses, calmando en vez de agriar los ánimos, como necesariamente hubiese sucedido empleando medidas rigurosas.

—No estoy por los castigos, dijo al consejo; soy tolerante por naturaleza, y esta tolerancia no quiero abandonarla sino en casos muy estremos. Con semejante conducta es como quiero vengarme de los que intentan hacerme cruda guerra.

—¿Qué intentais decir? exclamó un partidario intolerante. ¿Acaso dejareis sin el debido correctivo la escandalosa escena que acaba de tener lugar en el refectorio?

—Otros que no yo habrán de castigarla, si tal es su deseo.

—¿No sois vos nuestro superior á cuya voluntad todo el mundo debe prestar ciega obediencia?

—En efecto, lo soy, puesto que así lo habeis querido; pero me he convencido de que mi nombramiento en vez de calmar las

pasiones no ha hecho mas que escitarlas. Si me fuera dable renunciar, en este mismo instante lo haria; mas ya que no lo permiten las reglas de la órden, eludiré los efectos de la ley recurriendo á un medio indirecto.

—Esplicaos, que no os comprendemos.....

—Voy á hacerlo, y desde luego os advierto que estoy enteramente resuelto á llevar á cabo mi propósito, y que bajo ningun concepto renunciaré á él; por consiguiente ahorraos el trabajo de contradecirme.

—Veamos cual es vuestra determinacion, dijo en coro el consejo de los monjes.

—El subdirector que acaba de ser nombrado, aunque pertenece al bando opuesto, lo juzgo persona muy apta para reemplazarme durante mis ausencias. Pues bien, en él voy á deponer temporalmente mi autoridad: mi quebrantada salud reclama imperiosamente que cambie de aires, ya sea viajando, ya limitándome á recorrer el pais ó provincia.

—No debeis ausentaros, sino quereis que los blancos imperen.

—No imperarán: yo daré mis instrucciones al vice-director y como él es blanco y yo soy negro, con mis órdenes estarán contentos los mios y con sus aspiraciones y dominio temporal se darán por satisfechos los suyos, resultando un gobierno templado que será la verdadera edad de oro para el monasterio.

—Padre, mucho tememos que vuestros cálculos salgan infundados. Vos no debiais abandonarnos cuando tantos esfuerzos hemos hecho para encumbraros.

—Sin embargo, os prometo formalmente que si mis presunciones salieran fallidas, yo volveria al punto al convento, y aun cuando fuese dando parte al provincial ó general, pondria freno á los díscolos y mal avenidos con la paz del monasterio.

El consejo no se dió todavía por satisfecho, porque con la determinacion del superior se desvanecian sus mas risueñas espe-

ranzas: pero como el de un rey absoluto, no le quedó otro recurso que callar y obedecer. *Fiat voluntas tua* es el único veto admisible en semejantes consejeros.

Por lo que toca á Fr. Guillermo, aunque vencido, salió vencedor; aunque derrotado, quedó triunfante. Ya hemos dicho anteriormente que el principal objeto de nuestro héroe, al aspirar al mando supremo del convento, era para gozar de una ilimitada libertad, á pesar de la que naturalmente era concedida á los monjes gerónimos. Los hechos no inesperados, habian venido en su ayuda y bajo las apariencias de querer conservar la paz y satisfaciendo los deseos de sus contrarios, cumplia los suyos. De su imaginacion no se borraba un instante la imágen de Doña María, por cuya desgraciada estaba loco de amor: no se pasaba un solo instante que no suspirase por verla y oirla, y hubiese dado diez años de su existencia, un bien mayor si lo hubiese poseido, para oír de sus labios una palabra de cariño; y si bien aquella palabra nunca debian pronunciarla los puros labios de la esposa de Don Carlos, el monje no desesperaba y queria tiempo y libertad para conquistarla á costa de mil sacrificios y tenaz perseverancia.

—Ahora, dijo para sí, ya estoy libre enteramente: á ella dedicaré si es necesario todos los instantes del dia; á nadie debo dar cuenta de mis acciones: el palacio donde la tengo oculta me pertenece esclusivamente. Además del tiempo que puedo consagrarla, tengo recursos múltiples para obsequiarla. ¡Quién sabe si al fin seré tan dichoso que logre hacerla mia! Mi hijo se salvó, ¿por que no debe salvarse mi amor?

Al dia siguiente Fr. Guillermo se ausentó del convento con gran satisfacion de los blancos; pero con mucho disgusto de los negros, que se arrepintieron de haber dado su voto á un jefe que los abandonaba á discrecion de sus enemigos.

VI.

Amor de madre.



MARGARITA, la buena esposa del lapidario, la segunda madre de la hija de D. Carlos, habia fallecido con santa resignacion en brazos de su esposo durante los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior. Antes de espirar, su pensamiento despues de Dios, voló á María, á su hija adoptiva, á la virtuosa jóven á cuya educacion habia consagrado con inalterable cariño los últimos años de su existencia, y que solo por su propio bien habia renunciado á su compañía. Dijimos ya, que el mayordomo de D. Carlos no habia tenido hijos, y se concibe fácilmente el profundo amor, el amor cuasi paternal que profesaba á María.

Muerta Margarita, el lapidario se halló solo en el mundo; ningun lazo le unia ya á la ciudad hospitalaria donde habia ido á esconderse para librarse de las persecuciones del enemigo de la familia de su amo; así es que con el beneplácito de la noble dama que se habia ahijado á María, dejó su humilde pero risueña

casita, para trasladarse otra vez á la antigua poblacion donde habia vivido D. Carlos y su familia; la misma precisamente donde le habia conducido Branca d'Oria y en la que se hallaba á la sazón la hija de su amo.

En la casa de la opulenta dama, el artista abandonó su arte para consagrarse esclusivamente al servicio de aquella señora. Por otra parte el lapidario habia alcanzado ya una edad muy adelantada, y el buen pulso y esquisita vista que reclamaba su profesion, le faltaban ya en los últimos años, y solo una práctica consumada podia suplir la falta de aquellas cosas.

María recibió con mucho contento la nueva de la llegada del que ella creia su padre á quien amaba como á tal, y una vez mas bendijo en el fondo de su corazon á Dios y á su protectora por las mercedes que prodigaban á su familia. De seguro que la jóven se hubiese creido completamente feliz sin la irreparable pérdida de Margarita y abandono inmotivado de su amante. Mas si bien rindió á la memoria de la primera sinceras y abundantes lágrimas, el grato recuerdo del segundo, hiciera que no llorase su desvío, sino que lo considerase como pasajero ó hijo de las circunstancias. Su supuesto padre habiale escrito varias veces diciéndole que por conducto de D. Diego de Monforte habia sabido buenas noticias de Don Fernando, quien conquistaba laureles y fama en las campos de batalla.

Hay una hermosa edad en la vida que en el corazon humano todo es esperanza y amor; dulces ilusiones lo alimentan, la senda de la vida parece cubierta de flores, mágica edad de encantos y goces, en la que el mortal sueña constantemente en un porvenir lleno de ventura. María habia llegado á aquella dichosa edad. Era cuasi una niña cuando conoció á D. Fernando y ahora que empezaba á ser mujer, recordaba con placer que en otros dias una persona querida habia murmurado en sus oidos dulces palabras de amor. Aquel hombre sin saber por qué ni cómo, la habia abandonado; sus padres le habian repetido que aquella ausencia era necesaria y que seria momentánea; y la jóven que sabia

que su amante ganaba en defensa de la patria fama y honores, se consolaba de no poder verlo y estrecharlo aun en sus brazos, para poderlo hacer en dias mas felices.

—Padre mio, decia al lapidario, ¿creeis vos que D. Fernando se acuerda de mí? ¿Os dice el corazon si volveré á verle? ¿Seré tan venturosa que pueda un dia llamarme su esposa? ¿Habrá olvidado mi amor por otro mas afortunado?

A todas estas preguntas contestaba el lapidario de un modo satisfactorio, ya porque lo creia así, ya para tranquilizar á su hija adoptiva.

—Don Fernando volverá, no lo dudes, hija mia. Él, que es un cumplido caballero, no olvidará los juramentos solemnes que te tiene hechos, y el dia que te dé su mano de esposo, será el mas afortunado de su vida. Merced á la proteccion de la noble dama en cuya casa nos hallamos, aun que D. Diego le negase sus bienes de fortuna, no le habrian de faltar los necesarios para ocupar en la sociedad el rango que corresponde á tu prometido esposo. Por otra parte sabes como yo que esta buena señora piensa llamarte su hija antes de morir, y entonces reunirás á las riquezas, los honores y titulos que posee. Cuando así sea, aun que D. Fernando no llegue á nosotros, por desconocer tal vez nuestro paradero, yo me dirigiré á su padre, á quien informaré de nuestro estado y del amor de su hijo.

Este lenguaje correspondia con su cariño y con las instrucciones que le habia dado Branca d'Oria, que continuaba frecuentando á menudo la casa. La inesperada resolucion del mancebo habia echado á rodar todos sus planes. Con su brazo y su valor D. Fernando no necesitaba del auxilio ageno, y creyendo á Don Tadeo un agente secreto de los frailes, habia participado á Don Diego que no le reconocia por su agente, ni queria ni debia tener ninguna relacion con él. Así es que el fingido D. Tadeo trató de mantenerse á la expectativa y hacerse el buen amigo con el lapidario y su hija, aguardando una ocasion propicia para envolverles en sus redes.

Entre tanto la vida de María se deslizaba sosegada y tranquila, y mientras D. Fernando desde la solitaria caverna dirigia á la jóven sus ardientes suspiros, ésta recorriendo las frondosas calles del grandioso jardin de la casa de su protectora, á menudo su pensamiento estaba fijo en su amante.

Corrian los últimos dias de verano y una noche deliciosa en que se hallaba sentada sola en un mullido asiento de césped del citado jardin, aspirando las embalsamadas brisas vespertinas, contemplando estática la purísima luz del astro de la noche absorbita su mente en los dias que fueron, cuando en el interior de la deliciosa glorieta del jardin de la casa do corrieron los dias de su infancia escuchaba con delicia las dulces palabras de Don Fernando, parecióle oír tristes voces y suspiros junto al muro del jardin. Levantóse azorada y cual corza fugitiva voló en busca de su padre adoptivo. Para aquella alma virginal todo pesar debia hallar al punto su consuelo, todo dolor su bálsamo.

—Padre mio, le dijo, hallándome sentada en uno de los bancos del jardin mucho mas tarde de lo que acostumbro, parecióme oír sollozar junto á mí. Presté mi atencion y conocí que los suspiros venian del otro lado del muro; es decir del jardin de la casa vecina ó el palacio misterioso como vos le llamais. Venid, venid y tal vez podais descubrir quien sea el desgraciado que se lamenta, quizá podais prestarle algun socorro.

—El muro es muy alto, hija mia, para que yo pueda ver ó conocer lo que pasa en la otra parte; mas no por esto me niego á seguirte, que muy deseoso estoy de conocer quién mora en esa casa y ahora mas que nunca, puesto que se lamentan los que en ella habitan.

María sirvió de guia á su padre, y Dios que guiaba sus pasos permitió que el antiguo mayordomo de D. Carlos oyese todavía los suspiros que habian llegado á oídos de María.

Al rumor que produjeron sus pasos sobre la menuda arena, los suspiros cesaron y una dulce voz dijo de otro lado en tono interrogativo.

—¿Señora?

—¿Qué quereis, contestó el lapidario, á quién llamais, por qué suspirais, quién sois?

—Soy una infeliz cautiva, socorredme, pero no entreis por la puerta.

Era tan débil la voz de la que pedia auxilio, que apenas sus palabras llegaban á oídos del anciano y María; mas uno y otro que las escuchaban atentamente no perdieron una sola sílaba, y si á la hija de D. Carlos despertaron la mayor compasión, en el antiguo mayordomo de su padre le conmovieron de un modo tan extraordinario, que su sobresalto debía tener otro origen que la conmiseración.

—Aguardad un instante, le dijo con voz temblona por la emoción.

—No, mañana á media noche.

—Aguardad un solo momento, voy por una escala.

La voz dejó de contestar, y tomando el lapidario aquel silencio por una adquiescencia, corrió en busca del objeto que habia nombrado; pero cuando, siempre en compañía de María, hubo subido hasta el remate del muro buscando con la vista la persona que le habia hablado algunos momentos antes, nadie vió en el jardín vecino. Solo una luz brillaba en el interior de uno de los aposentos del palacio, que por otra parte reinaba en él un profundo silencio.

El padre adoptivo no se atrevió á saltar la cerca. Recordó las palabras de la mujer, que creia haber reconocido, y creyó que era mas prudente aguardar á la noche siguiente, tomando con tiempo oportuno las precauciones necesarias.

—¿Qué juzgais de todo esto? le dijo María; ¿por qué abandonais al que os ha pedido socorro?

—Juzgo, hija mia, que Dios no se cansa de colmarnos de favores y que ha querido por fin que todo el mundo sea feliz.

—Pues entonces, ¿por qué no poneis los medios por vuestra parte?

—María, confío que no se perderá por mi parte, y que pronto llegará el momento afortunado, de todos tan apetecido.

La jóven no podia comprender todo el verdadero sentido de las palabras de aquel hombre; pero sí confiando en él y compadeciéndose del sér que se habia lamentado, rogóle una vez mas que no le olvidase.

Prometióselo el anciano, y los dos regresaron al palacio.

Durante la noche, incapaz de poder conciliar el sueño, varias veces bajó al jardin y oculto en la enramada, ó bien subiendo á los mas altos árboles con la ayuda de una escalera de mano, vigiló la casa vecina; pero ningun rumor salió de ella: la luz que al principio de la noche brillaba en el cuarto principal tambien se habia estinguido.

Apenas amaneció, despues de unas breves horas de descanso, el anciano llamó á uno de los criados de su confianza y le mandó que se situase tras de una alta celosía de la casa que habitaban y que observase atentamente y le advirtiese al momento que viese entrar ó salir alguna persona de la casa del lado, que acostumbraba permanecer constantemente cerrada. Aguardó despues que su protectora se hubiese levantado, y ya en disposicion de escucharle, le dijo:

—Anoche hallábase María en el jardin tomando el fresco, cuando vinieron á herir sus oidos algunas voces lastimosas que sonaban tras de la cerca vecina en el jardin del lado. Vino á advertírmelo y todavía pude yo oir los lamentos. Cuando llegamos junto al muro, la persona que se lamentaba nos dirigió la palabra sin podernos ver, pidiéndonos amparo y proteccion. Iba yo á prestárselo, cuando añadió que lo difiriera para la noche de este dia.

—Singular aventura es esta, dijo la dama. ¿Y no pudisteis conocer qué clase de persona era la que se lamentaba y que mal ó persecucion sufría?

—La persona que se quejaba, señora, era una mujer, y la voz de aquella mujer, si mis oidos no me engañan, en otro tiempo

me era muy conocida. La circunstancia de pertenecer el palacio vecino á los monjes gerónimos, da más cuerpo á mis sospechas, y aguardo con las mas vivas ansias que llegue la noche para tocar la realidad de un descubrimiento, que solo la mano de Dios puede haberlo dispuesto.

—A lo extraño de la aventura, añaden vuestras palabras el mas vivo interés. Desde luego me felicito que podamos ser útiles á un sér débil que tal vez sufre.

—¡Ah señora! la persona cuyo acento creí oír anoche, es una mártir del sufrimiento; es una víctima de la mas negra de las perfidias, es la esclava de un hombre que hace quince años está atentando contra su virtud.

—¿Víctima de un hombre decís? Entonces este hombre será tal vez un fraile, porque este palacio solo ellos lo frecuentan....

—Vos lo habeis dicho, señora: es un gerónimo el que tiene encadenada á esta mujer, esposa de un noble caballero, víctima tambien de sus perfidias; y ¿sabeis por qué la tiene prisionera? para que corresponda á un amor que ella no siente, para martirizarla noche y dia; para que á fuerza de sufrimientos y martirios, se rinda al fin para acabar con su marchita existencia si al fin nada puede alcanzar.

—Esto es horroroso ¿y como es que sabiendo vos esta horrible historia nada habiais dicho ú hecho para libertarla?

—Sabe Dios los sacrificios que para su libertad he hecho; pero hace quince años que me era desconocido su paradero; no sabia si ese mónstruo la guardaba, le habia dado muerte ó habia perecido en el incendio de una choza donde se hallaba refugiada huyendo de su persecucion. Yo no podia acusar á este fraile, porque no tenia pruebas, y otro ser reclamaba mi débil apoyo para que me lanzase en persecucion del infame, quien con su poder é influencias me hubiese llevado á la Inquisicion ó á un cadalso; pero ahora ya es otra cosa; ahora, ó mucho me engañaron mis sentidos, sé donde se halla encerrada la infeliz, sé que vive y si esta noche sin estrépito ni violencia puedo salvarla y

esconderla, luego resolveremos si entregamos al culpable á la justicia de Dios ó de los hombres.

—Sí, sí, exclamó la que tambien habia sido víctima de otro fraile: no es menester perder un instante, ningun medio para libertar á esta desgraciada; disponed como gustéis de mis criados y todo cuanto os sea necesario.

—Dios os recompensará tanta bondad. Cuando la infeliz ó yo os contemos esta triste historia, de seguro que las lágrimas han de surcar vuestras mejillas y vuestro noble corazon ha de sufrir ante la relacion de tantas desgracias y amarguras.

—Os escucharé luego gustosa, mas ahora habeis despertado en mí tanto interés por esa mujer, que quisiera ver llegada la hora de tenerla á mi lado.

—Es preciso aguardar hasta media noche; así me lo encargó con desfallecida voz. Tal vez en aquella hora el tirano se entrega al descanso ó está ausente y le sea fácil bajar al jardin. Espere-mos, señora, que Dios nos ausiliará. Entretanto tengo de vigilancia á uno de vuestros criados en las bohardillas, para que vigile la calle y yo oculto en las azoteas observaré al jardin y estudiaré el medio mas fácil de lograr nuestro intento.

Durante las horas de la mañana, no observó el antiguo mayordomo de D. Cárlos, que persona alguna bajase el jardin. El criado que estaba de vigilante en las bohardillas vió salir y entrar á un mandadero con una espuerta, que sin duda iria en busca de comestibles. Despues de la puesta de sol, pudo observar el anciano que dos personas bajaban al jardin: pero como desde las galerías del cuarto principal hasta aquél, habia un camino cubierto de plantas y flores y la luz empezaba á faltar, no le fué posible ver ni su semblante ni su figura. Unicamente parecióle que eran dos mujeres por sus vestidos flotantes y holgados. Despues aquellas dos personas desaparecieron de la vista, veladas en parte por las sombras del crepúsculo y en parte por la frondosidad del jardin.

En esto llegó la noche y aquel fiel criado que habia dictado

oportunamente sus medidas durante el día, dispuso que con todo disimulo y sigilo fuesen trasladadas á un lugar conveniente dos escaleras de mano de una altura suficiente para alcanzar el remate del muro. El criado que habia estado de vigilancia durante todo el día en la bohardilla y que no habia de bajar á la calle hasta media noche, persona que reunia á la fidelidad una gran fuerza física, debia ser el encargado de bajar al jardin vecino para llevar en brazos si necesario fuera á la prisionera hasta el lugar de refugio que le deparaba miraculosamente la Providencia. La dueña del palacio donde habitaba María, debia disponer que esta se retirase á la hora acostumbrada lo propio que los demás criados, quedando ella aguardando el resultado de aquella estraña escena en compañía de una camarera de la mayor confianza.

Dispuestas así las cosas, á las once de la noche el lapidario, que ya anticipadamente habia rondado por el jardin, se fijó en el mismo sitio que en la noche anterior habia oido la voz conocida, moviendo algun rumor para dar á entender á la persona que pudiese esperarle que estaba tambien aguardando; pero nadie hubo de contestar á aquel llamamiento indirecto, y el criado aguardó. A medida que iba acercándose la hora de la cita, aquel dechado de fidelidad y amor á sus amos, sentia crecer su agitacion; dijérase que dependia su existencia del cumplimiento de la promesa que cabe aquel sitio se le habia hecho en la noche anterior. La persona que lo hubiese podido observar de cerca, hubiese visto pintados en su semblante la impaciencia, la zozobra y el temor. Apenas el mas leve rumor venia á herir sus oidos, crecia su atencion imaginando lo ocasionaba la persona á quien estaba esperando; luego al conocer que era de aquellos mil rumores que desde muy lejos á veces envia la noche cuando reina el silencio por do quiera, se agitaba con cierto enfado, sin que por esto dejase de prestar al momento la atencion á otro rumor que sucedia á aquél. Nunca ningun amante aguardó con mas vivas ansias que diera la hora de la cita, como el anciano esperó que llegase la hora de la media noche.

Por fin, los relojes de la ciudad uno en pos de otro dieron las doce, y apenas se hubo distinguido la última vibración del reloj mas rezagado, cuando entró en el jardín, tomando todas las precauciones imaginables para no mover ruido el criado que habia estado de vigilante en la bohardilla. Aunque iba descalzo, el anciano hubo de oír el ligero rumor que producian sus pisadas sobre la menuda arena y su corazón palpitó con viva emoción imaginando que aquel rumor procedia del jardín vecino; mas pronto hubo de desengañarse una vez mas cuando vió llegar su compañero.

El lapidario puso el extremo de su índice sobre la punta de la nariz en señal de silencio y el criado le dió á entender por señas de que nada habia visto ni oído durante el día, ni tampoco hasta aquel momento. Entonces se separaron los dos para situarse en diferentes puntos, y ambos, como dos malhechores que aguardan la ocasión propicia para consumir su crimen, pegados sus oídos al muro del jardín que confinaba con su vecino, aguardaron que llegase el momento de obrar.

Muy cerca eran de las doce y media y todo continuaba sumido en el mas profundo silencio, cuando el cielo, que estaba encapotado, vióse alumbrado de repente y por cortos intervalos por la luz del relámpago, precursor de la tempestad. Esta no tardó en llegar con todo el aparato que despliega y horror que infunde hasta en los ánimos mas serenos en los últimos días de verano. Al silencio sepulcral que hasta entonces habia reinado, sucedió el estampido del trueno y el horrísono fragor de la tormenta.

Resuelto el antiguo mayordomo de D. Carlos á sufrirlo todo en bien de la persona á quien creia rendir sus desvelos, sin curar de los truenos y rayos, mantúvose firme é impasible en su puesto, desafiando los rigores de la tormenta y no desconfiando que habia de llegar el momento de ver cumplidos sus mas ardientes votos.

Como el estruendo de la tempestad no le permitiera oír la voz que esperaba con tanto anhelo, dispuso que el criado que le auxiliaba en aquella empresa, á favor de las mas profundas tinie-

blas que les rodeaban y con el auxilio de una de las escaleras de mano de que se habian provisto, salvase el muro y desde aquella altura prestase atento oido, y tambien observase si veia alguna persona en el jardin aprovechando el fugaz resplandor de los relámpagos. Aquella determinacion dió un éxito satisfactorio. En uno de aquellos cortos intérvalos de sosiego tan frecuentes en las grandes tempestades, en los que dijérase que la naturaleza, fatigada por sus insólitas convulsiones, toma aliento para entregarse luego á una nueva y á veces mas porfiada agitacion, el criado que tras las ramas de un árbol que cuasi tocaba en el muro estaba vigilando atentamente, le pareció ver deslizarse una sombra blanca en una de las calles lejanas. Luego aquella sombra apareció mas cercana, y no quedándole ninguna duda que era la persona que aguardaba, produjo con sus labios aquel sonido llamativo que es de todo el mundo conocido.

—¿Quién me llama? dijo una voz de mujer.

—Los de la cita, señora.

—¡Silencio y apresuraos! repuso con acento jadeante la voz.

En un momento fué colocada la escalera del lado del jardin inmediato, y el robusto criado, saliendo al encuentro de la persona con quien acababa de hablar, le dijo en voz baja:

—Confiad, señora, en mí; si lo permitís os llevaré en brazos á un lugar seguro.

—¡Oh! sí, sí, al punto, porque siguen mis pasos!

Apenas el criado y su lijera carga hubieron salvado el muro, la tempestad volvió á desencadenarse con todo su furor. El cielo parecia incandescente, tan vivos y repetidos eran los rayos. A su siniestro resplandor el lapidario pudo ver el rostro de la mujer que acababa de salvar, y el grito de gozo que se escapó de su pecho, lo ahogó el potente bramido del trueno.

—¿Temblais acaso? le dijo su compañero.

—Sí, me estremezco de contento. Con la capa que hay dispuesta debajo del banco de césped cubrid á esta señora y llevadla en brazos y tan rápidamente como os sea posible á la casa.

Cerrad inmediatamente puertas y ventanas y matad toda luz exterior.

Obedeció el criado, y el anciano, á pesar de estar calados en agua sus vestidos, á pesar de las vivas ánsias que tenia de ver y hablar á aquella desgraciada mujer, siempre prudente y previsor, escondió antes en lugar retirado la escalera de mano y una vez mas prestó atento oído para averiguar si habia sido notada su fuga.

Bien hizo en tomar aquella resolucion, porque apenas habian transcurrido algunos instantes, que habia empleado para ir á esconderse en un lugar retirado al abrigo de la lluvia, donde pudiese oír y ver en caso necesario sin ser visto, llegó á sus oídos rumor de voces lejanas. Aquellas voces fueron acercándose unas veces y otras alejándose, hasta que por último vió el resplandor de una antorcha cabe el muro del jardín.

—No hay temor dijo para sí el anciano, que descubran su pista; el terreno está enarenado y apisonado y además el agua que á torrentes nos envia el cielo borra en un instante todas las huellas. En estos momentos solemnes es cuando se reconoce mas la providencia divina.

Como los rondadores nocturnos no descubriesen el objeto de sus pesquisas en el interior del jardín, sin duda hubieron de encaramarse en el muro para observar en sus inmediaciones. Una voz mas conocida del anciano, y que el viento de la tempestad le llevó clara y distintamente en él, exclamó con acento de rabia:

—Nadie, absolutamente nadie; además que soy muy necio en sospechar que una mujer haya podido salvar este alto muro.

Y una carcajada burlona, sardónica y estridente, muy diversa de la que en otro tiempo habia oído por tres veces el mayordomo de D. Carlos en el jardín de la casa de su amo, fué seguida por el estampido del trueno. Dijérase que Dios irritado de tanta maldad imponia silencio con la voz de los elementos, á la risa mofadora del monje.

Momentos despues, las voces y luces se alejaron y no sin haber tomado antes todas las precauciones que aconsejaba la prudencia, el anciano se retiró á la casa de su señora.

Al llegar á ella, la mujer á quien con gran contento de su corazon acababa de salvar á ruegos de la dama, habia sido conducida á un lugar retirado de la casa, que convenientemente se le habia dispuesto para que descansase de su fatiga y de las vivas emociones que acababa de sentir.

—Su rostro es el de un ángel, dijo la noble señora.

—Y su alma la de una santa.

—Sea por lo que me dijisteis de esta mujer, ó por su agraciado al par que melancólico aspecto, siento por ella una viva simpatía.

—Esta simpatía habrá de trocarse, señora, no lo dudo, en inalterable cariño, cuando me permitais que os refiera su triste historia.

—No solo teneis mi permiso; sino que lo deseo vivamente.

—Considerad que la hora de la noche es muy adelantada.

—No importa, sea ahora; ya sabeis que las mujeres somos curiosas por naturaleza.

El mayordomo de D. Carlos refirió á su protectora, tal como lo habia hecho un dia con D. Fernando, la triste historia de sus amos; con aquella historia, como se deja comprender, la noble dama supo que la madre de María se hallaba á su lado, y hubo de sentirlo en cierto modo, porque la jóven se habia hecho querer tanto que la consideraba ya como hija suya.

—No importa, dijo para sí, Dios no quiere permitirme que yo tenga hijos, pero en cambio me concede la dicha de poder devolver una digna hija á una madre desgraciada.

Luego prosiguió en alta voz:

—Amigo mio, puesto que de hoy mas dejais de ser mi criado para ser mi amigo, tanto esta infortunada señora como vos y su hija hallareis en mi persona la mas fina y leal amistad.

Como yo misma, Doña María fué víctima de los malos frailes,

porque me complazco en creer que no todos los que visten el santo hábito abrigan aviesas pasiones. Sabido es que en toda sociedad numerosa hay hombres buenos y malos. Nosotras fuimos engañadas y perseguidas por estos últimos; pero una y otra, merced al amparo divino, hemos podido salvarnos, yo de una muerte casi inminente, y vuestra señora de una persecucion que conspiraba contra su honor, tanto ó mas querido que la vida. Pues bien, yo, que me hallo en disposicion de ampararla y escudarla, debo hacerlo y lo haré muy gustosa.

—El cielo os premiará tanta bondad.

—Desde luego empiezo á disfrutar de las dulzuras de este premio con la satisfaccion de mi conciencia, que me dice que obro bien. Ahora conviene que nada falte á esta señora. Nadie mejor que vos, mi amigo, puede encargarse de este grato empleo.

—Séame dado observaros, señora, que así como yo reconocí primero por su voz á Doña María y pude verle el semblante á la luz de los relámpagos, ella ignora todavía quién sea su salvador. Debemos evitar por consiguiente que me vea de repente, porque mi presencia le traeria el recuerdo de su esposo y de su hija y sabe Dios si su ánimo desfallecido podria resistirlo.

—En efecto, decís bien. Observé una gran debilidad en su persona y una emocion harto viva; despues de lo que me habeis referido podria serle funesta. Entonces, yo misma me encargaré de su cuidado y poco á poco le iré preparando hasta el momento en que considere oportuna vuestra presencia.

—Conviene además que no vea bajo ningun concepto á María.

—Esto corre á mi cargo. Afortunadamente contamos con una casa que las gentes llaman palacio y que si algun motivo hay para llamarle tal es su gran capacidad. La permanencia de Doña María en los aposentos del lado del norte

que vos elejisteis muy oportunamente y que se hallan bastante separados de los que nosotros habitamos, hará de manera que ni la madre ni la hija se vean hasta que así lo acordemos. Yo procuraré por otra parte que la camarera que la he destinado para su servicio guarde la mayor reserva y procure tener constantemente cerradas las puertas intermedias.

—Todavía nos falta prevenir otro peligro, observó el anciano. Este Fr. Guillermo ó Fr. Satan no ha de dejar piedra sobre piedra para indagar lo que se ha hecho de su víctima, á la cual, como os he dicho, profesa un loco amor, y es menester estar prevenidos por lo que pudiera acontecer.

—Os comprendo, contestó la dama, y se quedó pensativa durante algunos momentos. Luego prosiguió:

—Este malvado no nos puede hacer ninguna fuerza, ni tampoco sus sospechas deben recaer precisamente sobre nosotros. El jardin de su casa confina con los muros y tapias de otros jardines y huertas vecinas, y así como Doña María ha entrado en nuestra casa, podia haber salvado con sus fuerzas ó auxilio ageno las cercas vecinas. Además ¿qué quereis que venga á buscar aqui? ¿Lo suponeis tan atrevido para no calificarlo de otro modo, que venga á reclamarme su prisionera? En semejante caso, nosotros, que no hemos cometido ningun delito, apelaríamos á la justicia de los hombres para que castigasen el crimen verdadero.

—¡Ah! señora, este monje es muy poderoso.

—Tambien yo cuento con amigos que no son débiles y veríamos quién vence á quién. La mujer que derrotó á los servitas no le espantan los gerónimos.

—Sea enhorabuena, pero rehuyamos el combate tanto como nos sea posible. Por mi parte, en tanto que dure el peligro permaneceré tambien oculto para no despertar las sospechas.

—Idos á descansar ahora, estoy tan admirada de vuestra virtud y prudencia, que bendigo al cielo me haya concedido estos años de vida para poder tener á mi lado personas tan honradas.

Y la noble dama estrechó con efusion la mano del criado, que la nobleza del corazon iguala á todos los hombres y se sobrepone á todas las categorías sociales.

Al dia siguiente, á pesar de su edad avanzada, apenas hubo amanecido, aquella digna hija de la hidalguía española, abandonó su mullida cama para ir á informarse del estado de su huésped, y le cupo gran contento en saber que habia podido descansar durante algunas horas de la noche.

—¿Dónde me hallo, señora? se apresuró á preguntar la esposa de D. Carlos incorporándose en la cama.

—Descansad, señora, le dijo la dama, que os hallais en vuestra propia casa. Ya se acabaron los dias del sufrimiento, que Dios á veces nos envia años de amargura para apurar en su crisol nuestra virtud.

—Muy desgraciada he sido en efecto, señora, y mucho temo que no hayan acabado todavía mis sufrimientos á pesar de las lisonjeras esperanzas que me dais. Hay un hombre que sin ningun derecho sobre mi persona, me persigue sin cesar, y este hombre, no lo dudeis, vendrá á arrancarme de vuestro lado para encerrarme otra vez y cargarme quizás de cadenas para que no le huya mas. ¡Oh! cuando habeis entrado aquí, á pesar de haberme tranquilizado la bondadosa compañera que me disteis, se apoderó de mí una agitacion involuntaria, creyendo oir el rumor de sus pisadas.

—Podeis estar enteramente tranquila; os hallais en casa de una respetable señora, y á esta casa no ha de llegar nunca este hombre. Además vos tendreis familia, esposo tal vez, é hijos, y estos como yo misma podrán defenderos.

—¡Ah! señora, los tuve un dia, pero este hombre me los arrebató; hace mucho tiempo que habrán dejado de existir. Me hallo sola y abandonada en este mundo; mis padres fallecieron tambien; mis bienes de fortuna fueron enajenados.

—Tal vez no sea así, contestóle la noble dama, que hábilmente habia llevado la conversacion á aquel punto; quizás los

que vos creéis perdidos podáis recobrarlos [algún día; puesto que Dios ha permitido os vieseis libre de vuestro tenaz perseguidor; ¿por qué el que todo lo puede no podría también devolveros á los seres mas queridos de vuestro corazón?

—Sellad, señora, estos labios, exclamó Doña María con triste acento, y no alimenteis unas esperanzas que dejaron de serlo hace muchos años para mí. Lo que vos decís son cosas imposibles.

—Nada hay imposible, señora, y puesto que vos debéis ser mi buena amiga, he de deciros que también yo fui por mucho tiempo la víctima de un hombre perverso. Aquel hombre abrigaba también una pasión loca, pero no era para mí, sino por mis bienes de fortuna; llegando hasta el extremo de mandarme amortajar en vida.

—Eso es espantoso, exclamó la madre de María.

—Todavía ha de parecéroslo mas si os digo que aquel hombre perverso era un fraile.

—¿Un fraile decís? prorrumpió la víctima de Fr. Guillermo. ¡Oh! que singular coincidencia; pues entended señora que el autor de todos mis males y de la perdición de mi familia también viste el santo hábito. ¡Oh! dadme la mano, señora, vos que sois mi hermana en el martirio, enlazemos nuestras diestras nosotros que reconocemos los mismos tiranos!

Inútil es decir que aquellas dos nobles criaturas pronto fueron las dos amigas mas íntimas. Ya no hubo secretos para ellas, y despues de haber referido la noble señora su terrible historia á Doña María, esta le contó la suya.

Puesto que ya es conocida del lector su primera parte referiremos únicamente lo que dijo Doña María á su amiga tocante á lo que fué de ella desde la salida del mayordomo de su esposo de la cabaña del pastor Bernardo hasta que pudo refugiarse en su casa.

—Acababa de salvarme mi fiel criado, dijo Doña María, de las garras de aquel tigre, cuando al verme libre, mi primer

pensamiento voló á mi querida hija. Me era imposible adelantar un paso, alejarme de aquellos sitios donde habia sufrido los mas crueles tormentos, sin saber lo qué habia sido del pedazo de mis entrañas. En mi amor maternal me hubiese arrojado otra vez en brazos del tirano, á saber que podia libertar á María. Mi salvador se ofreció á serlo de mi hija y cuando la noche silenciosa convidaba á todos los séres al reposo, llamamos á la cabaña de un pastor conocido, situada en medio de los bosques, para que me diese hospitalidad en tanto que el mayordomo volvía á la granja.

Sea que aquel hombre llevado de un falso celo religioso sospechase por las palabras que en mi anhelo de poder salvar á mi hija, proferí tal vez en su presencia; sospechase, digo, de que queríamos burlar á Fr. Guillermo; sea que el vil interés pudiese mas en él que todas las consideraciones humanas, y me inclino á creer esto último, es un hecho que me vendió traidoramente. So capa de amistad me ofreció algunas pajas para descansar y prestando las leyes de la decencia, apenas mi criado se hubo ausentado, desapareció de mi vista. Cuando yo le creía entregado al descanso, el pérfido me vendía.

En el colmo de la impaciencia estuve aguardando una buena parte de la noche que regresára el mayordomo, ó bien á mi hija, ó diciéndome que estaba en salvo; porque os he manifestado que hacia muchos dias que no sabia absolutamente nada de ella. Con la ansiedad que podeis imaginar, los instantes me parecian siglos, hasta que por último mucho antes de amanecer oí rumor de pasos que se dirigian apresuradamente á la cabaña. Como el pastor Bernardo habia cerrado la puerta, empecé á dar voces llamándole, creyendo que los que se dirigian velozmente á ella eran mi hija y mi criado. Contestóme el pastor, pero fué desde la parte exterior; abrió la puerta y como reinaba la mas profunda oscuridad en el interior de la cabaña, no pude notar ni sus movimientos ni la persona que lo acompañaba. A los pocos momentos sentí que me cogian del brazo y con desapiadados ade-

manes me ataron con cordeles las manos, me vendaron los ojos y cruzaron un pañuelo sobre mi boca para que no pudiese gritar. Para ser breve os diré que fuí arrastrada como un criminal, siendo impotentes todos mis esfuerzos de resistencia. Unos robustos brazos me llevaron largo espacio hasta que me entraron en un carruaje. Pronto no me quedó la menor duda de que habia sido objeto de un rapto, y mis tristes sospechas pronto se trocaron en terrible realidad.

Cuasi sofocada y en presa de los mas agudos dolores me ví trasladada en el interior de un oscuro aposento cuando mis ojos fueron desvendados: quise dar voces, llamé con empeño repetidas veces, pero solo débil y apagado eco contestó á mi llamamiento. No sé el tiempo que permanecí de aquel modo; solo sí, recuerdo que mis ojos transformados en dos fuentes se cansaron de derramar lágrimas, quedando sumida en la mayor postracion. Mil veces llamé á la muerte que acudiese en mi socorro, ya que todo humano auxilio me era negado; pero hasta la muerte fué sorda á mis ruegos.

Para mayor colmo de mi desgracia, la primera persona que apareció á mi vista, cuando la luz se abrió paso á mi alrededor, fué la odiosa figura del fraile, quien con satánico acento, me dijo:

—Héme aquí á tu lado, mujer ingrata. Tú me huyes como si yo no debiese ser tu sombra; sin tí, para mí nada significa la vida; nada vale, para nada la quiero. Tú has sido la criatura que me ha hecho conocer el amor, el verdadero amor, esa emanacion de la divinidad ó esa ley eterna é inmutable de la naturaleza humana que quiere que dos séres de diferente sexo se amen y se unan, y bendiciendo á Dios y á su cariño, no se separen hasta la tumba. Tú eres esa compañera que Dios me ha destinado; lo conocí la primera vez que te ví; lo siento en este mismo instante y tal será mi creencia cuando la muerte me conduzca al sepulcro. Tú debes haberlo conocido tambien, porque Dios y la naturaleza son todo armonía, y sintiendo como siento con

tanto ardor ese amor que me inspiras, debes sentirlo tú también tarde ó temprano. Como no lo has experimentado antes, es porque la sociedad te habia unido con indisolubles lazos con otro hombre; porque yo he roto estos lazos y donde hay odio no puede haber amor; pero ese odio desaparecerá y acabarás por amarme. Si yo no tuviera la íntima convicción que así ha de ser, me volveria loco ó me daría la muerte.

Estas ó parecidas palabras me dijo el monje gerónimo la noche que me condujo á mi encierro, y era tan grande el calor que ponía en ellas, que su acento me espantaba. Creí que efectivamente habia enloquecido y traté de calmarle pidiéndole que me dejase tranquila; rogué á Dios por el que habia sido mi esposo, y que si aquel Dios á quien él invocaba tocaba mi corazón, no seria yo tan cruel que no le concediera mi amistad.

Esto le dije yo; pero para ganar tiempo, confiando que tarde ó temprano habia de llegar el momento de poder huirle. Pareció acceder á mis ruegos y me dejó por algun tiempo tranquila rodeándome de todas las atenciones y respetos imaginables. Nunca se tomó conmigo la menor licencia; por el contrario, estuvo siempre sumamente atento y benévolo. Lo único que no me era permitido, era salir de mi cárcel, ni hablar con otra persona que con una mujer de su confianza que puso de vigilante á mi lado y que no me perdía de vista un solo instante. Solo cuando el monje me visitaba se alejaba. De día, cuando tenia necesidad de separarse, me encerraba en mi aposento y de noche dormía cerca de mi cama.

Es de observar que la casa vecina, donde he permanecido encerrada tanto tiempo, es un palacio grandioso, que so pretexto de paseo recorrí diversas veces á fin de averiguar si se me presentaba algun medio de evasion; pero todas las puertas y ventanas que dan á la calle están condenadas. A principios de este verano, con motivo del fuerte calor reinante, supliqué á mi carcelero que en las últimas horas del día me concediera bajar al jardín, y si bien hubo de oponer alguna dificultad, por úl-

timo me otorgó aquella libertad con la condicion de que no habia de salir de las galerías cubiertas de follage y plantas trepadoras, que forman otro muro de verdor.

Una tarde que con mi guarda estábamos recorriendo aquellas galerías, me pareció oír á la otra parte de la cerca la voz de una niña que cantaba. Aquel acento me llegó al alma, y no se por qué creí que era la voz de mi ángel salvador. Muchas otras tardes bajamos al jardin y ya no oí mas aquella voz. No por esto se hubo de desvanecer mi esperanza.

Mientras tanto el monje redoblaba sus atenciones colmándome de regalos y rindiéndome los obsequios dignos de una reina. Mis vestidos, que debian ser de luto, eran los mas ricos que se conocen y hasta los muebles y la mesa dignos de un príncipe; pero todos aquellos esfuerzos para vencerme, todas aquellas muestras de amor, lejos de inclinar mi ánimo, avivaban mas y mas en mi pecho el desprecio y el odio que sentia por el asesino de mi esposo y el raptor de mi hija.

Hace muy pocos dias que Fr. Guillermo se anunció. Brillaba en su semblante un aire de satisfaccion: dijérase que acababa de ganar un gran triunfo.

—Cuanto he deseado en este mundo, me dijo, lo he obtenido: solo me falta tu amor para ser completamente feliz.

Estaba yo orando arrodillada al pié de un reclinatorio en presencia de la Reina de los ángeles, á la cual he tenido siempre especial devocion, suplicándole me amparase y libertase de aquel tirano, cuando el monje entró en el oratorio. Era de noche y á la luz de la lámpara que ardia delante de la imágen de la Virgen, ví que sus ojos brillaban con un fulgor inusitado. No se porque su ademán y sus palabras hubieron de intimidarme mas que otras veces; así es que por un impulso involuntario me puse de pié y sin dar contestacion á lo que acababa de decirme le dije:

—Retiraos, Fr. Guillermo, no es esta hora y lugar oportuno para hablar de amores á una mujer.

—Precisamente he escogido esta hora y este lugar para que oigais de mi boca un juramento solemne. Cuanto me habeis pedido, como no fuese vuestra libertad, os lo he concedido, y vos me habeis negado constantemente hasta el inocente placer de darme á besar vuestra mano; pero todo tiene fin y término en este mundo. Sois mia en apariencia, y quiero lo seais en realidad. De grado ó por fuerza habeis de amarme...

—Nunca, jamás, exclamé retrocediendo algunos pasos.

—Os dije al entrar que cuanto he deseado lo he logrado; pues bien, juro por esta santa imágen, añadió sacando de su pecho el signo de salvacion, que antes que las montañas vecinas se cubran de nieve habeis de llamaros mia.

Daba espanto el loco frenesí de aquel hombre; quise huir y no pude: la puerta estaba cerrada. Viendo mi invencible desvío, se arrodilló á mis piés y con palabras que se me resiste repetir, intentó abrazarme. Entonces arrancando de sus manos la imágen de salvacion que todavía tenia en ellas y levantándola en lo alto, exclamé:

—¡Atrás! monstruo de iniquidad; atrás en nombre de este Dios á quien ultrajais.

Bien fuese que mi acento le conmoviera, bien que concibiese algun plan infernal para perderme; ello es que cesó de repente de importunarme. Se puso de pié y repitió como otras veces:

—¡Aguardaré!

Únicamente al abrir la puerta del oratorio para retirarse, añadió con acento sombrío:

—Entended, que nunca he jurado en vano!

Si primero el ademán, despues las palabras de aquel hombre me infundieron tal terror que rogué mas ardientemente á Dios me inspirase para librarme de su tiranía y persecucion. Durante algunos dias que estuvo ausente ó al menos que no vino á ultrajarme con su presencia, pensé darme la muerte, mas confiando siempre que Dios no habia de abandonarme, solo hasta

el último extremo resolví no recurrir al suicidio, condenado por Dios y por los hombres.

El que todo lo puede atendió por fin á mis ardientes ruegos. Recorriendo en las primeras horas de la noche de ayer el jardín, siempre atento el oído al lugar de donde habia salido la voz de mi ángel salvador, me pareció oír un ligero rumor. Entonces pretestando sentir demasiado el fresco de la noche, rogué á la camarera que me acompañaba, y que cual Argos vigilante no me abandonaba un solo instante, que me trajera un pañolon para abrigarme, indicándole el lugar donde debia encontrarlo pero que en realidad no estaba, á fin de ganar todo el tiempo posible. Como ya otras veces, no sin intencion, la habia alejado momentáneamente de mi lado encontrándome siempre en el mismo sitio, no opuso gran dificultad en separarse, y durante los cortos momentos que estuvo ausente, dije á vuestros criados lo que sin duda os habrán referido.

Como la citada mujer dormia en mi aposento, confiaba poder apoderarme de la llave del dormitorio durante su sueño, en lo que me habia ensayado con buen éxito otra vez; pero quiso mi desgracia que aquella misma noche llegase el maldito fraile. Durante el dia de ayer mostréme menos esquivada, á fin de retardar todo rigor ó tentativa violenta por su parte, y poco despues de haber anochecido, pretestando sentirme algo indispueta, me retiré á mi aposento. Encontréme sola en él, pero mi carácter, dominado por su loca é insensata pasion, despues de haberse paseado en un estado de agitacion febril por delante de la puerta mas de dos horas, luego se sentó en disposicion sin duda de permanecer allí toda la noche. Yo no podia ver su persona, porque la puerta estaba cerrada; pero sentia su presencia, infundiéndome el espanto que causa la aproximacion de una fiera.

No sé que ideas infernales abrigaria aquel mónstruo en figura humana, pero ello es que oí dar media noche y ni él se movia de aquel sitio, ni la camarera parecia. Mis esperanzas

iban á desvanecerse enteramente. Juzgad cual seria mi pena y sobresalto. Dijérase que el espíritu maligno de que está poseido, le habia advertido de mis propósitos de fuga, y que él en persona se habia encargado de vigilarme, ó tal vez era aquella la última noche de mis sufrimientos y tambien de mi existencia.

Mientras hacia estas reflexiones con el corazon traspasado de dolor, ví brillar un relámpago al través de las rendijas de las ventanas de mi dormitorio. Aquella luz que Dios alumbrá, me iluminó en mi triste situacion. Al relámpago sucedió horrísono trueno, y fingí levantarme azorada. Fr. Guillermo me llamó entonces por mi nombre, y al través de la puerta me dirigió algunas palabras para tranquilizarme.

—Roguemos á Dios, le dije, que nos liberte de los furores de esta desencadenada tempestad.

Entonces abrí la puerta en ademán de dirigirme al oratorio.

La sala en que se hallaba el monje, que á la sazón estaba á oscuras, comunica por una galería angosta á una de las escaleras que conducia al jardin. Al penetrar yo en aquella pieza, hube de conocer que la galería citada estaba abierta por el aire tempestuoso que penetraba por ella y por el resplandor de los relámpagos.

—Al punto mandad que traigan una luz, le dije: estoy temblando de todos mis miembros; no puedo tenerme en pié.

Oí que el monje se alejaba á pasos apresurados y al punto reuniendo todas mis fuerzas me lancé al jardin. La luz de los rayos me iluminó en sus revueltas calles: el ánsia de la libertad me dió alas. En breves momentos crucé el largo espacio que me separaba del sitio donde habia citado á mis libertadores, y vuestro criado, que sin duda me estaba aguardando, me tomó en sus brazos y quedé salva.

—Gracias, Dios mio, añadió Doña María alzando sus hermosos ojos al cielo y enjugando una lágrima que se deslizaba por sus pálidas mejillas: tú pusiste á prueba mi virtud, pero tú

tambien me diste el escudo de la resignacion y de la fortaleza en el cual se embotan los tiros de la maldad; gracias, Dios mio, gracias!

Y ahora, señora, que os he confiado mi triste historia, decid, si no tengo motivos para temer, sino debo temblar á cada momento de que ese infame atente una vez mas contra mi honor y mi libertad.

—Vuestra triste historia queda grabada en el fondo de mi corazon y conmigo morirá; nada temais; nada receleis; en mi casa estais al abrigo de toda asechanza. Otro dia en que esteis mas tranquila os contaré tambien la mia; pero entre estas dos historias, he de referiros el encuentro que tuve de una persona, que mucho he de engañarme, ó á de tener alguna relacion con lo que me acabais de referir.

—¿El encuentro de una persona decís, que tiene relacion con mi historia? Ruégoos, señora, me digais qué persona es esta, que habeis escitado vivamente mi curiosidad.

—La persona que tiene relacion con los sucesos de vuestra vida, contestóle la prudente dama procurando no causar una emocion harto viva con la importante revelacion que deseaba hacer á Doña María, debió sin duda ser amigo de vuestro criado, porque me habló de él de un modo que corresponde á vuestra relacion.

—¿Y os dijo que vivia todavía? ¿Dónde se hallaba? ¿Os habló tal vez de la niña? ¿Pudo salvarla? Ah! hablad, hablad, señora, que estoy pendiente de vuestros labios.

Y aquella mujer, aquella madre que despues de dias muy tempestuosos, entreveia una aurora de felicidad, se agitaba en su asiento, un temblor involuntario la dominaba; su semblante se cubria de una espresion indefinible y dijérase que retenia su aliento para no turbar siquiera con su respiracion el silencio que en torno suyo reinaba.

—Sí, repuso con lentitud su interlocutora; djome que vivia y lo recuerdo tanto mas cuanto me interesó vivamente la relacion

que me hizo de su noble conducta, de su desinterés y abnegacion en completo acuerdo con lo que vos misma me acabais de decir. No me dijo su nombre ; pero sus acciones son las de vuestro mayordomo. Tengo medios para volver á hablar con esta persona y saber por ella cuanto apeteceis, señora.

—¿Y mi hija? ¿Os dijo si salvó á mi hija?

—Parece que sí, contestó la dama en ademán de reflexionar, pero observando atentamente el efecto que producian sus palabras en el ánimo de Doña María.

En esto, al través de los vastos y sonoros aposentos del palacio, llegaron hasta el sitio en que se hallaban las dos damas los cuasi perdidos ecos de los preludios de una lejana harpa. A las vibraciones del instrumento siguió el canto; pero ya por la distancia en que sonaba la voz, ya por su dulce, argentino y purísimo metal, dijérase ser la de un serafín.

Doña María prestó atento oído á aquel canto y dijo tomando la mano de su compañera.

—¿Oís? Esa es la misma voz que avivó en mi pecho la casi muerta esperanza. Ese acento es el de mi ángel salvador. Ah! Dios mio, no sé porque al oír este canto despues de haber hablado de mi hija, el corazon me dice que no pereció y que quizá un dia pueda estrecharla en mis brazos. ¡Si estos presentimientos se convirtieran en realidades yo moriria de contento, pero moriria feliz y bendiciendo á Dios!

¿Y porqué habiais de morir? Si un dia Dios os devolviera á vuestra hija deberiais, por el contrario, vivir por ella y vivir por su amor!

—Ah! sí, sí, viviria! dije mal, señora, viviria, porque seria la mujer mas afortunada del mundo.

El amor maternal es un talisman poderoso capaz de vencer las inmutables leyes de la naturaleza. Solo á ese amor, grande, inmenso que reside en el corazon de una madre, se deben los portentos que nos refiere la historia, las maravillas que engalana la poesía de la fábula. El amor de madre, solo comparable con el amor divino, es capaz de obrar milagros.

Después de una lijera pausa, volvió la mano invisible á modular el armonioso instrumento. La noble dama abrió la puerta del gabinete y la voz angélica llegó, si bien siempre lejana, mas perceptible á oído de aquellas dos mujeres.

El hada salvadora de doña María cantó:

A su hija querida

Crejera la madre

Por siempre perdida,

Perdido su amor;

Por ella lloraba,

Por ella doliente

Su voz embargaba

El llanto de amor.

Enjuga tu llanto,

Esposa infelice,

Y escucha mi canto

Que es canto de amor.

Los dias pasaron,

Pasaron muy tristes,

Los años rodaron

Perdido tu amor;

Tu voz solitaria

Perdida no fuera

Tu ardiente plegaria

Plegaria de amor.

El cielo clemente,

Clemente á tu ruego,

Propicio consiente

Recobres tu amor.

Y en dulces abrazos,

Abrazos del alma,

Estrechen tus brazos.....

—Sí, á mi hija; á mi amor! exclamó Doña María, uniendo su voz á la de la invisible cantora. Ese acento, exclamó en el colmo de la alegría, es el mismo que oí en vuestro jardín, cuando triste jemia aun en la cárcel del monje; ese acento fué el que me anunció mi libertad. ¿Querria Dios advertirme con él, que vive aun mi hija, mi idolatrada María á quien podré estrechar sobre mi seno?

—Tal es la letra de la romanza que acaba de cantar mi hija adoptiva, dijo la noble dama, porque la voz que primero oísteis en el jardín y ha llegado á nosotros en este momento, es la voz de una graciosa jóven que habiendo perdido á sus padres, de noble origen, le abrí mis brazos, la llamé mi hija y pienso legarle toda mi fortuna. Mas tarde, si lo permitís, vereis á esta jóven que contará á poca diferencia la edad de vuestra hija y que como ella y como vos lleva el nombre de la reina de los Angeles. Así es que no os equivocasteis cuando la llamasteis vuestro ángel salvador. Como vos, rogaré ardientemente al cielo que se cumpla la profecía de su canto.

Doña María quedó abismada en un profundo y dulce éstasis. Su corazón por tanto tiempo desgarrado por insólitos sufrimientos, empezaba á sentir los benéficos efectos del mas dulce de los bálsamos morales que es el bálsamo de la amistad y del cariño. Además brillaba esplendente en el horizonte de su porvenir el astro de la esperanza, esta última luz del corazón á cuyo tibio resplandor podía entrever aun horas de paz y ventura.

Los primeros dias de su permanencia en casa de su ilustre huésped los pasó Doña María retirada en los aposentos que se le habian destinado; mas tarde, cuando el antiguo mayordomo de Don Carlos, tambien retirado por no ser visto ni de la esposa de éste, ni de su fiero perseguidor, hubo averiguado que este último ya no moraba en el palacio vecino, aconsejó á su protectora que para alejar aun el mas remoto peligro, se trasladasen á una magnífica casa de campo que poseia la noble dama á alguna distancia de la ciudad. Accedió gustosa aquella á



Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro. n.º 16.

BARCELONA

LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO.

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.
(al lado del correo).

1856.